

Lo hizo hasta hoy de esta antipática inclinación a clasificarlo en cierto grupo típico de escritores: los que deben su fama, por mitades, al hecho de tener gran número de amigos, y después a la calidad de sus escritos. Tal calidad, en este caso, no se elevaba más allá de lo mediano: un buen escritor cuyo mayor mérito podía ser el de no caer en cursividades sentimentales o sociales. Cosa, en cambio, en algo grave: cierta vulgaridad. No sólo por una proclividad regotante —ah, chilénimos!— a estampar obscenidades, sino especialmente por la imagen, de raíz más sospechosa que la de aquellas, vulgar porque sí, con la pretensión de que representara una idiosincrasia nacional. Pero hay que entenderse. Todo gran artista ha escrito largo y hondo sobre cosas, hechos, gentes vulgares sin serlo él jamás como escritor. Es el detalle tajante que divide a los literatos. Aclaremos esto con un ejemplo. Existe entre nosotros un cuentista que exprime hasta la gota de no impertinencia cosa vulgar y hace una pequeña obra maestra: Jorge Edwards.

En resumen: Fernando Alegría no representaba, para nuestro personal mundo literario, el valor que tantos le asignaban.

Para colmo de tropiezos, abrimos estos "mejores cuentos" y lamentablemente topamos, primero, con un prólogo en el que el protagonista, como tal protagonista, se sale de su rol y dejando de serlo, con gran alboroto pasa a constituirse en un linchero del Sr. Alegría; y segundo con un relato inicial hecho en el que la persecución de la manera "al día" es tan evidente que linda en la ingenuidad. Sobre ella, en el tercer acápite de la página primera dice: "Pero a la romería no fui por estos motivos, sino por otros". Resulta que quería decir en realidad "que fur", o sea, que debió decir, según nuestro entender: "Pero a la romería fui, no por estos motivos sino por otros". Barmos, sin dadas, algo se constataba para nuestro desencuentro con este autor.

Del aludido primer cuento y su modernidad inconvincente, pasamos a otro de tipo muy crítico, "A Veces Peleaba con su Sombra", en el que hallamos, distribuidos, los defectos que al comienzo citamos. Pero seguimos leyendo por el puro

## FERNANDO ALEGRIA

por M. C. G.

"mal" hábito de leer lo que hemos de criticar.

Llegamos entonces a la página 181, donde aparece el cuento titulado "El Poeta que se volvió Guasano", y en el cual este escritor parece dar ante nuestra vista misma un giro de 180 grados. Si se basó o no, como dice el señor Calderón, en el caso real del escritor Langston Hughes, es secundario y aún sobra. El autor creó un relato de categoría legítima. Densidad en la frase y en la sucesión de estas "llevadas" el relato; algo que pesa en el transcurso de él y que constituye, diríamos, el corazón de un cuento. Luego, ese crecimiento que se produce por sí mismo, no por fuerza y excitado por el autor a ojos vistas, como suele ocurrir, creciendo en ya impositiva alcanza la mente y el ánimo del que lee; y, en fin, una sutil y elástica ironía por debajo de la bromera o intención que en sí puede representar el cuento, ironía que cada cual podrá usar para su acomodo, pero que seguirá inculcándose en sus múltiples sentidos.

Siguió a este cuento el titulado "Un Anillo para Tres". Como epígrafe un bello verso del poeta José Gervasio Cordero de extraño acentuamiento en el que el tema, "este enlace diabólico, que encadena el amor a su pecado", parece manifestarse sólo por una especie de efectos reflejos. Será la vieja sirvienta que, vistiéndola y tuteándola, nos dice que la joven, soltera, va a una boda. Será un "obro de una maestra" que hará retroceder la memoria y en ésta aparecerá el primer cuadro con el primer y apenas audible informe: la homosexualidad. Y así, un poco desplazándose en la imaterialidad de un clima de relaciones fuzgamente trazadas, inclusive la sujeción irrefutable a la belleza física, el amor

anónimo toma venganza pericazmente en ésta. Por último, hasta puede dudarse: ¿a quién atañen en realidad los celos? Desde la imponderabilidad del tratamiento literario de ese cuento, abordaremos el muy material y concreto de "Ángel Caído" y no por ello más ajeno al universo de las emociones. El "Ángel" es meramente un perro, un hermoso "boxer café de patas finas y esbeltas rebosante de empuje en su apretado pecho (...) lleno de esa agresividad jactanciosa del cachorro que conoce el poder de su atracción". Lo estamos viendo ese boxer con su característico desplazar las elegantes patas (uno se pregunta cuando los mira, por qué el Altísimo no dio a esos perros y esos jirafes otra cara...)

El hombre, vale decir el marido, lo ha criado como "la encarnación del machismo cultivado por él con religiosidad...". El can respondió y todos, aun los niños "se le apartaban desconfiados". Y bien, hasta aquí el perro. Paralela va la relación del hombre, difícil, "inconsumada", con su mujer. Las maneras lejanas y sensuales de ésta lo intranquilizan, le hacen pensar en una palabra incoherente: superior. Es decir, lo que suele ocurrir curiosamente: le molesta y lo atrae. Tienen dos hijos y los cuatro toman el sol en las arenas de un balneario. El boxer rotona y cuando se acercan los perros vagos que husmean alimentos en las playas, el marido, un poquito ridículo, nos espanta con un remo para proteger su boxer de la plebe. Mas, he aquí que el tal se ha quedado en compañía de un solo perro adivinoso. Y empieza el juego, que todos cuatro observan hipnotizados, entre ambos canes, aquel de que hace tanto caudal André Gide en el "Corydon". Esta escena, increíblemente corta, contiene una verdadera coreografía de reacciones, sensaciones, miradas, intenciones, deseos, movimientos, rechazos, vergüenzas y cuando los dioses pusieron en el alma a modo hacer de los humanos...

Finaliza el volumen el relato "A la Una, a los Dos, a las Tres y a las Cuatro", el cual es también un excelente cuento que se desliza con limpieza sobre un escabroso asunto, a través de una mujer "candorosa" que está confesando: "Y entonces, sin transición, supe el verdadero motivo de la visita que haría a sus mujeres. Iba por curiosidad perversa,

iba a mirar en su lecho de amante herido (...) Iba, yo también, a pecar con él, a buscarle en su madriguera de animal seductor, sucio de besos, desenfrenado", desenfrenado que termina en la tragedia feroz del hombre.

Pero antes se habrá leído "La Familia", breve y extraordinario trozo literario. Aquí también la pareja, ese eterno qué pro quo de la relación humana, ha creado entre sí la tierra de nadie que ya no han de superar. Mas brutalmente y súbita sobreviene la desventura en un accidente mortal del hijo. Hallamos aquí, en este terrible cuento, sirviendo al autor aquella cualidad de que hablamos al comienzo y que aplicaba a esas narraciones que, a nuestro juicio, no logran levantar el vuelo del sacro suelo patrio: la de orillar el sentimentalismo blanduzco, esa oportunidad gratuita que tanto tiesta a los cristianos. Fernando Alegría logra transmitirnos en el "cuadro" de este relato que parece pintado de un solo, profundo y rudo trazo, una desesperación que llega al climax sin perder el peso o contrapeso de las cosas comunes que rodean toda angustia, ni el de las palabras literariamente bien trabadas al enriquecer su sentido en el hecho mismo de neutralizarse unas a otras. La desesperación de ambos cónyuges, en su distanciamiento, parece a fallar un objeto soñado y candente que los desampara y los socorra por igual. Ciertas frases de rasgos casi duros nos acercan la mujer en la inminencia de la locura, a flor de página, y no menos el hombre embrocado por un sufrimiento que lo sobrepasa. Ella, "de pie, afirmábase en su silla. El sudor le corría por la frente y el cuello (...) Se le había abierto el cierre de la falda y por el agujero se alcanzaba a ver la camisa de nylon". Entre ellos, entre el hombre y la mujer, la desesperación era como una reja de afilados hierros. Cada uno en su lado: los dos animales amargos, delirantes, aguardaban alimentando su propia locura". El hombre "pensó en escapar sin ser visto. Hubiera podido levantarse y, pegándose a las paredes, salir por el corredor hasta el zaguán y continuar luego hacia la calle". Es decir, esa tendencia típica, y quizá legítima, de todo macho a huir del dolor. Sin embargo, no puede moverse. La mujer, evocando el rostro del niño con las entra-

Est. "no quedó. Enta, sin respirar. Miró a su alrededor (...) Se agitó en el rincón como una bestia enferma y se clavó los uñas en las palmas de las manos. Las lágrimas siguieron metiéndose por las comisuras de los labios". Es la espera atroz que los locos conocen a algunos años en la vida. El lenguaje del autor que se diría "pensado", ofrece las imágenes con cierta acedia violenta, de mucha eficacia en tal relato. Percibe uno el dolor animal apañado por el don del pensamiento humano. Y es en las raíces de este don que nace la idea entre sublime e infelizmente estúpida, en la madre: concebir de nuevo, y en el acto, y reatrapar el alma del hijo que ha muerto.

Excepcional relato entre los relatos.

Hemos leído lo escrito. Meditamos con cierta perplejidad en el papel que juega en la literatura crítica el azar de las lecturas, en los altibajos terribles de algunos escritores y en el escaso rigor de los antologías que llega a hacer perder a la antología su finalidad, verbi gratia, el no observado en el presente caso. Pagaría que en el deseo de hacer aparecer a un autor bajo el aspecto de una rica variedad de producción, se le dadas en su genuina calidad artística. Y por último, el mismo autor ¿no debería quizá apretar su propia tumba? Vale la pena ¡y cuánto!

M. C. G.

(X) "Los Mejores Cuentos de Fernando Alegría", Edita, Editorial Zig-Zag, Santiago 1968.

## Fernando Alegría [artículo] M.C.G

Libros y documentos

AUTORÍA

M. C. G.

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1968

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Fernando Alegría [artículo] M.C.G

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa